

ACTAS DEL III CONGRESO
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)

Edición al cuidado de
María Isabel Toro Pascua

Tomo I



SALAMANCA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

1994

ISBN: 84-920305-0-X (Obra completa)

ISBN: 84-920305-1-8 (Tomo I)

Depósito Legal: S. 1014-1994

Imprime: Gráficas VARONA

Rúa Mayor, 44. Teléf. 923-263388. Fax 271512
37008 Salamanca

La prosa literaria de Pedro I a través de los romances*

Amelina CORREA RAMÓN

Señor noble, rey alto,
oid este sermón
que os dice don Sem Tob,
judío de Carrión.
No hay sin noche día
ni segar sin sembrar,
ni sin caliente fría,
ni reir sin llorar.
Todo lo heredará
alguno que no te ama.
Para tí quedará
sólo la mala fama.

Sem Tob de Carrión¹

La figura de Pedro I, hijo ilegítimo de Alfonso XI de Castilla y de María de Portugal, coronado con apenas dieciseis años cumplidos y vinculado desde siempre a los calificativos de «el Cruel» y «el Justiciero»², ha sido apasionantemente discutida durante siglos. Envuelto en luchas continuas con la nobleza tradicional de Castilla, probablemente el término que defina su política de una forma más idónea sea el de *personalismo*.

Como el Cid, Santiago Apóstol o Séneca, el rey Don Pedro pasó pronto a formar parte de la mitología popular española. Y de manera inmediata se creo todo un halo de leyenda en torno a su figura: se literaturizó su reinado, sus luchas, sus amores, e, inevitablemente su muerte a manos del bastardo Enrique de Trastámara. Éste había llevado a cabo una habilísima campaña de propaganda, destinada a recomponer la figura de su hermano el rey, dotándole principalmente de rasgos negativos, a la vez que componía una imagen personal favorable a su propia causa. El fratricida Enrique se parapetó tras un escudo de libertador, al tiempo que se encargaba de difundir la leyenda y mito del Rey Cruel.

Como bien dice el estudioso Gonzalo Moya en un interesante libro sobre la figura de Pedro I, donde expone su tesis acerca de la parálisis cerebral infantil que debió sufrir, basándose, entre otras cosas, en el estudio de sus huesos que se conservan en la Catedral de Sevilla, «En las guerras civiles el vencedor es quien

* Quisiera agradecer a Ramón Madaula su atención y exquisita amabilidad.

¹ Sem Tob de Carrión, *Proverbios Morales*.

² Fue Felipe II quien hizo sustituir en la lista oficial de reyes de España el epíteto de «Cruel» por el de «Justiciero», aunque no consiguió, sin embargo, que el segundo borrara al primero.

escribe la Historia»³. No nos debe extrañar, pues, encontrar los siguientes versos de un romance sobre la muerte del rey:

¡Oh buen rey Henrique, honrado!
Dios te dará galardón
por el bien que has causado
al apartar deste mundo
a un tan cruel tirano.⁴

Basándonos en el *Romancero del rey Don Pedro (1.368–1.800)* recopilado por Antonio Pérez Gómez, intentaremos con este breve estudio a través de los versos medievales, introducir el análisis de la figura literaria de Pedro I.

Como tal, protagonizó todo un ciclo de romances históricos, en el cual se entremezclan los detalles novelescos y líricos. (Como veremos un poco más adelante se pueden rastrear aisladas algunas de las características típicas de los romances de los ciclos carolingio y artúrico que no suelen, sin embargo, abundar en los romances históricos).

Michelle Débax ha estudiado las diversas funciones que puede desempeñar el romance. Durante esta guerra civil, ambas facciones dieron cauce de manera abierta a una de sus funciones características: la noticiera. Es por ello que casi todos los romances conservados de esta época presentan el punto de vista del triunfador. Señala Moya cómo desde el principio los enriqueños llevaron a cabo una campaña divulgadora con dos claras vertientes: una, dirigida al pueblo, hostil al rey Pedro I, centrada en sus crueldades y crímenes, y otra, dirigida a la clase alta, apología de Trastámara en razón de sus proverbiales «mercedes».

Pero un romance, aún siendo en primera instancia un rumor, o quizá en parte por esto, puesto que se halla sujeto «a toda modificación en el curso de su transmisión de boca a oído»⁵, es un complejo mecanismo que pone en marcha y combina elementos de muy diversa procedencia. De este modo podemos explicar la rica mixtura de aspectos que presenta el romancero el rey Don Pedro. La sobria materia histórica se adorna de ribetes líricos, que demuestran a veces la redacción tardía de la composición, cuyo «esqueleto» argumental ha ido recibiendo paulatinamente posteriores añadidos. Es el caso del romance sobre Doña Blanca de Borbón:

Ya se marchitó mi flor,
ya se bolbió el lirio cárdeno,
porque el sol del rey me ha herido
con sus muy ardientes rayos
(Romance XI)

³ Gonzalo Moya, *Don Pedro el Cruel*, Madrid: Júcar, 1974, pág. 181.

⁴ Antonio Pérez Gómez, *Romancero del rey Don Pedro (1368–1800)*, Valencia, 1954, Romance XXVa (a partir de ahora todos los fragmentos extraídos de esta obra se señalarán en el texto con el número de romance de que proceden).

⁵ Moya, *op. cit.*, pág. 111.

O también el romance sobre la muerte que comienza «A los pies de Don Enrique / yace muerto el rey Don Pedro», en el cual se puede observar una cierta objetividad plasmada en la serie de aspectos favorables al rey, ya que se le reconocen partidarios y se excusa el abandono de su causa «porque amistad y justicia / siempre mueren con el muerto». Así mismo resulta sintomático el hecho de que la figura de Doña María de Padilla es tratada muy favorablemente y se la hace merecedora del amor del rey («que nadie verá sus ojos / que no tenga al rey por cuerdo»). Por otro lado, son muy breves las alusiones a los crímenes cometidos por el rey. Todo esto hace pensar a Gonzalo Moya que el «cambio en el contenido del romance se debe a la boda de Doña Catalina de Lancaster, nieta de Pedro I, con Enrique III, que obligó a quienes lo recitaban o a cambiar su texto ellos mismos o a incorporar estrofas de los romances petristas sobre la muerte del rey para no ofender[la].»⁶

Pero el motivo de nuestro interés lo constituye, en este momento, un fragmento del poema en que se nos muestra la desolación de la ya viuda, María de Padilla, de un lirismo impresionante:

Rasgó las tocas mostrando
el blanco pecho encubierto
como si fuera cristal
por donde se viera Pedro
(Romance XIIIa)

Encontramos, por otro lado, un fragmento de alto contenido poético en un romance, hostil al rey, donde se cuenta la muerte de Doña Blanca. En él se implica a María de Padilla en el crimen, a pesar de resultar absuelta por todos los historiadores, y se da por sentado que Doña Blanca murió asesinada cruelmente por su esposo. Los versos en cuestión son los siguientes:

Y por hacer menosprecio
a doña Blanca de Borbon;
a Medina Sidonia enbio
a que me labre un pendon,
sera el color de su sangre,
de lagrimas la lavor.
(Romance XIV)

Palabras estas que recuerdan asombrosamente las pronunciadas por otro marido antes de asesinar a su esposa, pero en muy distintas circunstancias. Se trata del «Romance de la amiga de Bernal Francés», cuya protagonista, Catalina, muere a manos de un marido vengador de su honor que, al volver de un viaje, la ha sorprendido en brazos de Bernal Francés, su amante y jardinero. Se juega en

⁶ Moya, *op. cit.*, pág. 245.

ambos casos, con la sugerente imagen de las telas carmesíes, de fuerte poder connotativo. La tragedia se envuelve en sutiles lirismos:

Por regalo de mi vuelta
te he de dar rico vestir,
vestido de fina grana
forrado de carmesí,
y gargantilla encarnada
como en damas nunca vi;
gargantilla de mi espada,
que tu cuello va a ceñir.⁷

Otro elemento en cierto modo ajeno al rigor histórico, que se infiltra con frecuencia señalable, es la aparición de la esfera sobrenatural, propia de los romances de los ciclos carolingio y artúrico, pero inhabitual en el romancero castellano. Esta presencia de lo mágico y prodigioso rodea de tal manera la figura del rey que, cuando éste sea adoptado –muy fecundamente, por cierto–, como personaje del teatro clásico, el halo lo envolverá irremediabilmente. Así lo atestiguan unas palabras del erudito Marcelino Menéndez Pelayo, referidas en concreto al teatro de Lope de Vega: «[...] reflejó idealizada la imagen de un Don Pedro siniestro y terrible, pero grande, cruel, justiciero, personaje fatídico, como los de la tragedia antigua, circundado de sombras y presagios de otro mundo [...] Esta grande y teatral figura nació de una extraña pero fecunda confusión entre la *Crónica de Ayala* y la tradición popular»⁸.

Estas sombras y presagios quedan plenamente plasmadas en el romance donde se nos narra una salida a cazar del rey. Tras un mal agüero, le aparece un «bulto negro» que baja de los aires y le pronostica el mal fin de su causa. De tal «bulto» resulta salir un «pastorcico», a quien se rodea de elementos simbólicos que nos sitúan desde el principio en una premonición oscura. Estos elementos varían según las versiones, pero la descripción más completa nos ofrece el siguiente cuadro:

rebuelto trae el cabello
y los pies llenos de abrojos
el cuerpo lleno de bello
y en su mano una culebra
en la otra un puñal sangriento
en su hombro una mortaja
y una calabera al cuello
a su lado de traylla
traya un perro negro.
(Romance XIIIa)

⁷ Ramón Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1938, págs. 123–124.

⁸ Marcelino Menéndez Pelayo, *Obras Completas*, IV, Santander: CSIC, 1949, pág. 336.

Culebra, puñal, mortaja y calavera no hacen más que prevenirnos sobre el contenido de la advertencia que, entre «aullidos muy tristes» hará el pastor a Don Pedro. Esta varía también según las versiones, pues en alguna se le reprocha su rechazo por Doña Blanca, y es invitado a volver con ella, premiándole Dios con un heredero, en otros añade que, por su mal proceder, será «por armas muerto». En algún caso, se añade la acusación de haber quitado la vida a su hermano, de matar «sin justicia / los mejores de tu reino» o de crueldades similares. Por último abundan las versiones en que se le dice directamente que su hermano Enrique heredará el reino:

y tu hermano don Henrique
te haura de heredar el reyno:
moriras a puñaladas,
tu casa será el infierno.
(Romance XIIIId)

Otro aviso, aunque esta vez menos sobrenatural, aparece en el romance «Teniendo el rey don Pedro / su real fortalecido», en el que un clérigo narra al rey la revelación que le ha hecho Santo Domingo, previniéndole contra su hermano. Don Pedro, incrédulo y desconfiado, ordena quemarlo en una hoguera. Hay que señalar, además de la evidente hostilidad de ambos romances hacia Don Pedro, la composición con posterioridad a su muerte, en vista de lo acertado de sus «premoniciones».

Aparición del elemento sobrenatural se puede señalar también en el romance que se hace eco de una curiosa leyenda, tejida, como otras tantas, en torno a Don Pedro. En ella, la culpable del aborrecimiento de Blanca de Borbón fue María de Padilla, amante del rey, la cual, celosa, recurrió a las malas artes de un hechicero judío quien consiguió que se volviera culebra, ante los ojos del rey, la cinta de pedrería que su esposa le había regalado. Esta visión aterrizó a Pedro de tal modo que le hizo repudiarla definitivamente.

Lo que resulta curioso en este romance, que se escribió un siglo después de la muerte de Pedro I, es que éste aparece como un juguete en manos de los judíos, víctima y no responsable de los hechos. Todo esto se debe a que la muerte de un rey acaecida un siglo antes no resultaba de actualidad y no parecía importar a nadie, mientras que los judíos ocupaban puestos de importancia en la sociedad castellana de la época. Contra ellos iba, pues, dirigida la leyenda. La conocida simpatía de Pedro el Cruel por los judíos motivó el nacimiento de la singular fábula, de clarísimo contenido social:

entregola a un hechicero
de la Hebrea sangre ingrata
hizo parecer culebras
lo que eran prendas del alma.
(Romance IX)

En cualquier caso, esta simpatía manifiesta del rey por el pueblo judío (consecuente con su apoyo decidido a la burguesía embrionaria) le había reportado al monarca innumerables odios en vida, fruto del fuerte sentimiento anti-semita existente. Incluso se extendió la calumnia de un supuesto origen judío, explicado por un cambio que habría realizado su madre, que sólo tenía descendencia femenina, por el recién nacido de un judío llamado Gil. De ahí que los enemigos del monarca le llamaran Pero Gil. Con tal nombre aparece en el famoso romance que comienza «Cercada tiene Baeza», hecho que fue puesto de relieve por Menéndez Pelayo, quien consideró el poema como documento de carácter histórico.

Lo último significativo que debemos comentar en relación con este tema de la presencia de lo sobrenatural en un ciclo de romances históricos habrá que englobarlo en un apartado más amplio que podríamos denominar como «mecanismos de defensa del rey Don Pedro». Dentro de éstos, encontraremos las versiones exculpatorias gallegas, plagadas de sombras del más allá.

Para introducir el tema recurriremos una vez más a una cita de Gonzalo Moya, quien afirma lo siguiente: «Los partidarios de Don Pedro darán pruebas de menor imaginación que los del bastardo en su argumentación, y además permanecerán a la defensiva en vez de contraatacar. Dos son sus argumentos, pero los dos poco brillantes: Por una parte dirán: –con toda razón– que al rey le han calumniado quienes han hecho la historia, porque eran enemigos suyos. Por otra, que el rey no ha cometido alguno de los crímenes que le son atribuidos o que ha hecho siempre justicia cuando no se puede demostrar que no haya intervenido en el crimen»⁹. La defensa de Pedro I se muestra, pues, incompleta y, en comparación con la táctica empleada por los partidarios de Don Enrique, pobre a nivel ideológico y de escasa identidad.

De cualquier manera, en el romancero no resulta demasiado complicado rastrear una tendencia favorable al rey Don Pedro, tendencia que viene a plasmarse de diversas maneras.

En primer lugar, entre los romances que conservamos, hay que destacar el «Romance de los jaboneros», del cual poseemos únicamente unos pocos versos y que sabemos de inspiración petrística gracias a un brillante trabajo de investigación llevado a cabo por Diego Catalán. La clara parcialidad del romance origina la siguiente deducción: «Sin duda, junto a este romance que celebraba la prisión de don Juan de la Cerda se divulgarían, durante los años de la lucha civil, otros muchos favorables a don Pedro como propaganda polémica, pero por la ley inaludible del *Vae victis!* fueron relegados al olvido después del triunfo de Enrique de Trastámara»¹⁰.

Resulta evidente que, tras la muerte de Pedro I, se llevaría a cabo una represión física e ideológica durante un período aproximado de veinte años, como nos testimonia en sus sorprendentes memorias Doña Leonor López de Córdoba,

⁹ Gonzalo Moya, *op. cit.*, pág. 207.

¹⁰ Diego Catalán, *Siete siglos de romancero*, Madrid: Gredos, 1969, pág. 78.

hija de un declarado partidario del rey legítimo, quien sufrió en su carne las consecuencias de su lealtad¹¹.

Establecida, pues, esta situación, podemos repasar brevemente los mecanismos de exculpación que, pese a todo, se pusieron en marcha. Un primer caso lo hallamos en romances sobre la muerte del Maestre de Santiago, Fadrique, hermano bastardo de Pedro. Dos tipos de variantes ideológicas se pueden señalar según provengan de uno u otro grupos social favorable a su causa, judío o gallego. Es el mecanismo que este último grupo pone en marcha al que hicimos alusión con anterioridad. Las versiones exculpatorias gallegas, en efecto, introducen gran proliferación de datos e intervenciones sobrenaturales ausentes en otras versiones: visiones del Maestre a caballo y sin cabeza, María de Padilla volando por los aires, alusiones al diablo... La exculpación viene a producirse por un desplazamiento de responsabilidad que hace a María de Padilla culpable del crimen cometido.

En cuanto a las versiones exculpatorias de origen judío, se centran en una desaparición de referencias a Don Pedro en el tiempo y en el espacio. La muerte del Maestre se presenta como desligada en todo momento del rey Pedro I de Castilla.

Otro mecanismo de exculpación que ha sido localizado es el que aprovecha fragmentos de dos romances hostiles a Pedro, de la muerte del Maestre y de la de Doña Blanca, para, recitándolos juntos, producir el efecto de la sugerencia del adulterio. Arma, pues, en extremo sutil empleada por la corriente petrista.

Hay que señalar como nota curiosa las pruebas de ingenio que revelan ciertos juegos de palabras en los romances de Doña Blanca. Dichos juegos de palabras toman como objeto el nombre de la protagonista, que se presta tanto por su homonimia con el color como con la moneda de la época, o incluso con el blanco que hacen los disparos («está una Blanca, que es blanco / a donde tiran los tiros, / que arroja un rey inhumano». Romance XI)

Claramente de inspiración petrista es el romance «Entre las gentes se suena», del que poseemos varias versiones, en el cual se da salida a un rumor acerca de la presunta maternidad de Blanca de Borbón. Ésta, para ocultar el hecho, entrega el niño a un servidor de D. Fadrique:

Entre las gentes se suena,
y no por cosa sabida,
que d'ese buen Maestre
Don Fadrique de Castilla
la reina estaba preñada;
otros dicen que parida.

(Romance II)

Reponde, bien se ve, a un intento de exculpación del rey Pedro, pretendiendo justificar ambas muertes como castigo ejemplar a un adulterio flagrante.

¹¹ Reinaldo Ayerbe-Chaux, «Las memorias de Doña Leonor López de Córdoba», *Journal of Hispanic Philology*, 2 (1977-1978).

* * *

Ha quedado clara, pues, la función divulgadora que ejercieron este tipo de composiciones, pero yendo un poco más allá podríamos preguntarnos de dónde les viene el atractivo que ejercen sobre el pueblo, o, formulado de otra manera, qué representan los romances en el mundo imaginario colectivo. La pregunta, en cualquier caso, no tiene respuesta, pero lo que no se puede negar es la siguiente afirmación de Michelle Débax: «Efectivamente, lo que puede llamar la atención en el Romancero –más que la exaltación patriótica– es el número de incestos, adulterios, problemas matrimoniales o extramatrimoniales, etc [...] ¿no se explicará el atractivo que siguieron ejerciendo tales composiciones por razones de adecuación profunda con un trasfondo no por ocultado menos presente?»¹².

Tal adecuación profunda parece innegable. Daremos por concluida esta breve reflexión sobre la función simbólica del romance con una significativa cita de Rodríguez Puértolas, quien ve en el romancero «la historia de una frustración y de un extrañamiento, la del ser humano en un momento de crisis religiosa, política, social y económica»¹³.

¹² Michelle Débax, *Romancero*, Madrid: Alhambra, 1982, pág. 87.

¹³ Julio Rodríguez Puértolas y Iris M. Zavala, *Historia social de la literatura española*, I, Madrid: Castalia, 1978, pág. 154.